

Don Juan Bacallado

C^a187
F^o5

JOSE TABARES BARTLETT

LA CAZA

POEMA.

PRIMERA EDICIÓN.

SAN CRISTÓBAL DE LA LAGUNA

1908.



LA CAZA.

[Faint handwritten text]



A Don Juan Baquellado,
en recuerdo de sus aficiones
por la cañía.

De sus fincas, amigos y
compañeros
José Tabares Barbetta

A decorative flourish or signature line consisting of a large, elegant loop and a horizontal stroke.

- Logroño - Abril 30 - 1914

JOSÉ TABARES BARTLETT

FCA

Cº 187

Fº 5

LA CAZA

POEMA.

PRIMERA EDICIÓN.

SAN CRISTÓBAL DE LA LAGUNA

1908.



5604765633

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla ni dar lecturas públicas de ella sin su permiso.

TENERIFE.—Imprenta de Alvarez, calle de Bencomo, 10.

A Alonso:

*Te dedico estas páginas
tu padre que te abraza*

Pepe.

Dos palabras

Confieso que soy un enamorado persistente de las costumbres y usos tradicionales de mi tierra; de todo aquello que constituye su carácter distintivo; de las aficiones que despierta su naturaleza en la vida regional y de cuanto palpita y alienta en su seno. Más atrayentes para mí cuanto de más lejos viene su espíritu étnico en alas del tiempo al través de ignotas generaciones.

En *La Caza*, donde he vertido las impresiones sentidas desde mi adolescencia en el placentero ejercicio de la cacería, y donde he procurado fotografiar los lugares en que se desarrolla el poema; ya la aridez de nuestras costas tajadas a trechos por barrancos profundos y pedregosos, ya la fecunda y espaciosa vega, no podía menos que evocar los recuerdos que acuden a la memoria del cazador al penetrar en las cuevas basálticas que fueron estancias y sepulcros de una raza atlética y valerosa que sucumbió en aras de su independencia; de un pueblo cuyas virtudes singulares pregona en páginas diamantinas el clarín de la Historia.

El silencio y la soledad sumergen el pensamiento humano en la contemplación de cuanto nos rodea; se

abisma en la meditación á que le estimulaban los parages en que otros hombres y otros tiempos dejaron huellas imperecederas... ¿Que mucho, pues, que ante los vestigios de un pueblo noble y viril, vencido y desaparecido, sienta el visitante la compasión hacia la víctima fraternalmente que el sentimiento del apóstrofo contra el invasor? Y si en general este sentir, ¿qué mucho, repito, que sea más hondo todavía, y brote con mayor espontaneidad y vehemencia en quien naciera en el mismo terruño que el indígena; aspire el mismo ambiente; se solaza bajo el mismo cielo; adormese á la sombra de sus mismos boscajes y halla descanso en las grutas de aquellos insulares donde aún se encuentran restos sacratísimos de su existencia? Me uníe á hacer esta consideración el deseo de evitar suspirios y jehicos aventurados sobre determinadas frases y conceptos contenidos en algunas estrofas del poema, añadidas á veces de incisivas, en mis lecturas anótomas y particulares, pero con la madre patria, presupuesto que bajo su égida verificáse la conquista de Canarias. Estimo que no debieron interpretarse en un sentido que no tuve la intención de imprimirles, siquiera por conocer el aforismo de que nadie tiene el deber de adelantarse á su época, y por no ignorar que, como dijo el poeta,

¡Culpa fué de los tiempos, no de España!

Debo traer á este propósito que, cuando, una noche para mí inolvidable, leí en Madrid el poema á mi distinguido amigo el señor Don Leopoldo Cano, dos veces general, en las armas y en las letras, como ha dicho alguien, después de colmar de elogios mi trabajo, que más debo atribuir á exquisita bondad que á justicia de su parte, me expresó con marcado disgusto que una

crítica escrupulosa y severa pudiera entrever en las estrofas alusivas á la conquista una flagelación á la Metrópoli, condoliéndose de ello hasta el punto de aconsejarme que procurase desvanecer esa impresión con una sextina donde vaciara la idea del verso antecedente. Declaro, en verdad, que obedecí al maestro, pero en vano intenté complacerle; la dificultad se oponía á mi deseo so pena de romper la unidad de la obra y desistí de mi empeño. Estoy bien seguro que tan ilustre escritor no me hubiera perdonado á tanta costa semejante atropello del arte. En cambio, cuando hojeo estas páginas verá, acaso con simpatía, cuanta atención me han merecido sus sabias observaciones. Lo que no pude decir en verso, aquí va en prosa.

Fuera ingratitud de mi parte si omitiera en estas líneas el nombre del inspirado poeta y notable prosista finerfeño el señor Don Rafael Fernández Neda, que ha premiado esta labor mía consagrándome una amistad tan estrecha que parece partir de la niñez, siendo nacida bajo la nieve de sus canas. Sentimiento al que correspondo con afecto fraternal y admiración á su luminosa inteligencia.

Y, ya por estos caminos del arte y del reconocimiento, cúmpleme significar el que debo á mi también paisano y amigo entrañable el insigne lírico y egregio comediógrafo el señor Don Angel Guimerá, quien con tanto cariño acogió *La Caza*, que quiso con su pluma trazar las impresiones que le produjeran su lectura y el análisis detenido que hiciera más tarde del poema en el retiro de su gabinete.

No oculto mi satisfacción por el favorable concepto que ha merecido *La Caza* á tan eximios literatos y me congratulo y complazco de no haber pertenecido ja-

más á esa especie de camarillas literarias confabuladas, puestas á un servicio recíproco, para tributarse ovaciones mentidas y bastardas.

José Gabares Barlett.

Laguna, (Tenerife) Noviembre de 1867.

Señor Don José Tabares Bartlett:

*Mi querido amigo: deseaba mandar á usted mis impresiones sobre el poema *La Caza*, escritas en lengua castellana; pero, á pesar mio, la pluma no corría en mi mano según mis deseos; y allá van en la lengua de Cataluña, con la cual sin traducir ideas ni torcer la frase buscando la salida por la falta de costumbre, puedo manifestar á Ud. todo lo que sentí una noche, para mí memorable, escuchando en mi casa la lectura de su obra portentosa.*

"Frenquin, donchs, la bona voluntat," según decimos en catalán, y mande siempre á este su amigo y compañero entrañable, que le desea larga vida, para que escriba mucho y bueno sobre nuestra queridísima tierra canaria.

Angel Guimerá.

Barcelona, Octubre 26 de 1907.

La Caza

Un vespre, á la tardor passada, vaig rebre la visita del Senyor Don Joseph Tahares Bartlett. A sas primeras paraulas ja vaig conèixer d'ahont arribava; y quan ab prou seynas sabia 'l seu nom y res més que's referís á la seva persona, ja m'era ben simpàtic. El meu visitant parlava 'l castellá sense 'l *accig* dels espanyols de la Península y ab lo deix reposat y bondadós dels fills de las Canarias; y jo que la havia sentida aquella manera de dir tan dolça y afalagadora en boca de la meua mare fins al instant de la seva mort, me vaig trobar totseguit á gran pler al costat del senyor Tahares, descapdellantse la nostra conversa per demunt de coses d'aquella terra llunyana abont jo, com ell, hi havia nascut, retrayentnos costums y paratges y nòms de cents d'objectes peculiars de la illa llineràna, que no he tingut la sort de tornar á veure per més que sempre hagi sentit per ella y per tot l' Archipèlach gran amor y entusiasme.

Mes la meua simpatia al senyor Tahares va anar creixent al enterarme de que ell, al igual

que jo, era un enamorat constant de la bella poesia, á la que li endressava també cançons apassionadas: Y ja várem esser frarchs amichs y companys com si 'ns haguéssim conegut de tota la vida, quan, á mos prechs, se 'm posá á llegir, per cert d' una manera magistral, lo manuscrit del seu poema encara inédit *La Casa*.

Y alashoras si que vaig veure com als ulls plens d' admiració de la meua ànima se li obrián los horitzonts, aixecantse, sortida del fons de la mar, la illa maravellosa del Teide, que se 'n venia cap á mi mercès á tot lo que anava brollant de la font abundosa y transparenta del poema, barrejat potser als meus primers recorts d' infantesa y á lo que habia sentit á dir després als meus pares d' aquelles terras, ahont no hi ha vibras, y d' aquells cels, ahont las tempestats no s' hi congrián; que te aquelles platjas de sorraladas totas negras y brilladoras, y aquells molins de vent d' assí d' allá escampats que jo veuré sempre ab brassos llarguissims revolejants, cuals ombres al peu de sas torras que 'm semblavan molt altas, tantost s' escursavan com s' estenían....

Lo poema del senyor Tabares va ser pera mí un encisament en tota la realitat de la paraula. Durant la seva lectura me vaig oblidar en absolut d' allá ahont jo era: de que 'm trohés á Barcelona al mitj d' una ciutat populosa, en una hora del vespre en que pujava del carrer la remor de la gent atrafegada que encara de gom á gom l' omplia. Me veyá tot jo al cor d' aquelles encontradas atrayentas que 'l bell

sentir del Sr. Tabares invocava, ab sas vegetacions asprosas á un temps que verdejantas y enrogidas, ab sas torrenteras pregonas ahont las lavas sobreixidas dels cràters dels vulcans hi habian deixat mortas estelas...

que el soplo lento de la esial carcome.

Y l'veya aquell grandió spectacle aclarit per la llum al plé, que es quan se desenrotlla la cassera, ab que, després de la estrofa de invocació, s'obre l'poema; cassera tant hermosament descrita que s'participa del neguit dels cassadors y se sent la cridada de las collas enfiladoras atihant las gossadas que s' lliensan clapejadoras al trionf de la brega. Y allavors, pera reposar de la fatiga sobre aquella truncata tant delitosa ment feréstecha, diu l' senyor Tabares

lueñamos la gruta donde nana
vocáldta fanjón
que veride nungo su remansó cria.

Y ja tot reposant, arat á la seva memoria la lluyta dels malhaurats insulars ab los profanadors de la pátria. Y lliensó á la meditació, esculpeix, que es zista com cal dirho, la estátua del jolite guanche, ab ma de mestre y á cops segurs, que contraponen als glatits de son cor fíllatx de la seva terra, plunyentse de la esglayadora desventura y condemnant ab indignació reconcentrada, en la que s' veuben traspuar las lígrimas, las tremendas inhumanitats de la vergonyosa conquesta.

Passa després lo senyor Tabares á llour, fen-

lho ab igual maravella d'expressió, la hermosura de Tenerife en altre indret de la illa ab motiu de novt cassera, que es are en la forsa del dia, assobre de terras campas, guarnidas de sembrats, ab castanyers plens de fruyt, y ahont mostra

sus esferas la linda pomarosa
y en cercas y en ribazos, á horejadas,
lucen, de caldo bñchadas,
las negras nubes de la vid bojosa.

Y un cop enlestida la nova cassera, que ha sigut al vol, la coneixer lo poema la vida pagesa de la gent nivaria valguentse de estrofas de tanta esquisitez totas ellas com la que vaig á copiar, encara que no més sia per la satisfacció que experimento al escriurela jo mateix:

Vieja locuaz ó recatada moza
aderezan la loza
sobre limpio mantel de sus telares;
y la mesa de negro turbanano
preséntala el villano
más blanca que la espuma de los mares.

Mentrestant arriba 'l sol á la posta, y, sense cap pena en l'ànima, 'l cassador se 'n torna á sa llar cantant encara las excelencias del paradís canari; que es terra beneyta, terra de llum, agrabida, sana, fecunda, assahonada y generosa, com ho son las generacions que naixen en sa falda y en sos mugrons de mare amorosa se audreixen.

Y quan va arribar lo senyor Tabares á n aquest vers ab que tanca 'l poemat:

Oli diosa sin rival, bendita sense!

me va saber força greu de que s' hagués acabat prou depressa. Y tant á gust l' escoltava, que, si m' hagués atrevit, li hauria demanat al il·lustre escriptor que comensés de cap y de nou una altra vegada la saborosa lectura.

Aquesta es, contada al corre de la ploma *La Casa*; el poema admirable del gran poeta Joseph Tabares, cant inspiradíssim á la terra nívola en que s' aspira 'l fort perfum de sas aspresas boscatanas y de sas platjas salabrosas about las mareas, com sobre las planas d' un libre, hi estenen sas estrofas....

Jo l' admiro ab entusiasme, y 'm complasch en manifestarho, al eminent artista dels versos impecables. Que ho son perque diu ab exacta veritat lo que vol dir sense donar martiri als pensaments ni deixar-se emportar per la sirena cantayre de la llengua castellana, que á caps menys segura mareja, fent que las ideas, iguals que cadavres, surin deformadas. Jo l' admiro ab tota la meva ànima la obra d' en Joseph Tabares, en la que la pensa y 'l sentiment van de parella com aucells enamorats en primavera. Y aixís es com en lo motllo de las estrofas la fosa de las ideas, del mellor dels metalls sempre, s' hi encabeix justa, com si s' haguessin presentat ja perfectas al crear'as l' autor, igual que la Minerva, que del cap de Jupiter va sortir ja armada de tota força y bellesa.

Y jo ja ho sé perque sas estrofas son aladas; perque diauanteja ab tant encis per cualsevol dels cayres que se 'l contempli 'l seu poema:

es perquè á més de las grans qualitats naturals y d' il·lustració que posseix l' autor, canta la seva terra, la terra abont ha nascut y que may ha abandonat, posanhi arrels fortíssimas y fondas.

Cántila sempre 'l meu estimadíssim amic y company, á qui envío avuy una estreta abraçada al tornar-lo á felicitar per la seva obra. Cántila sempre aqueixa illa sobirana 'l senyor Tabares. Reverenciela en totas las sevas manifestacions de vida y fortalesa. Estadhi cada cop ab més deteniment sas virtuts y sas aspiracions més intimas. Regiri las sevas entranyas, tant las espirituals, abont s' alberga la seva consciencia, com las materials, fins escorcollant en sas covas pregonas, que son planas encare no esborradas del libre de sa historia, reliquias santas y gloriosas del martiri y anorreament d' una rassa.

Y canti enaltintlas las costums patriarcales de la terra canaria; la hermosura y gentilesa de las sevas fillas y 'l coratge y l' amor al treball y á la llar de sos fills; ab sas festes tradicionals, ab sas balladas y sas llaytas primitives, com á cos, d' homes. Canti tot lo qu' es caràcter y gloriá de vida d' aqueix poble, y cãntiho tot sempre en llenguatje canari, en llenguatje propiament canari, acullinthi au amor fervorós totas aquellas paraulas y gicadas de frase en un ó altre indret de la illa viventas, per los llabis de las generacions transmestas fins á nosaltres, que prou a' hi ha de ben escayentas y expressivas pera l' us nostre, encara que no hi sian

registradas al diccionari oficial de la llengua castellana.

Féssihó 'l senyor Tabares, y al poema *La Caza seguirán*, n' estich ben segur, altres monuments de la mateixa vâlua pera enriquir lo tresor canari; contribuhint de més á més per sa part á educar los esperits, á fi de que, un temps á venir tantdebó los demás mateix se li reconega per tothom generalment á aquest tros de mon, oblidat ó menyspreat avuy en mitj del Atlántich, la seva vida propia, en armoniosa confederació ah las demás regions naturals d' Espanya.

Angel Guimerá.

Barcelona Octubre 6 de 1897.

La Caza ⁽¹⁾

Una noche, del otoño pasado, recibí la visita del Señor Don José Tabares Bartlett. A sus primeras palabras adiviné de donde venía, y cuando apenas conocía su nombre y nada que se refiriese á su persona, ya me era muy simpático. Mi visitante hablaba el castellano sin el *ceceo* de los españoles de la Península y con el *dejo-reposado* y bondadoso de los hijos de Canarias; y yo que había sentido aquella manera de hablar tan dulce y halagadora, en boca de mi madre del alma hasta el instante de su muerte, experimenté gran placer al encontrarme al lado del señor Tabares, desliziéndose nuestra conversación sobre cosas de aquella tierra lejana donde ambos hemos nacido, recordando costumbres y parages y nombres peculiares de la isla tinerfeña, que no he tenido la suerte de volver á ver por más que siempre he sentido y sentiré por ella y por todo el Archipiélago gran amor y entusiasmo.

Pero mi simpatía por el señor Tabares fué

(1) Versión del original al castellano.

en aumento al enterarme de que él, lo mismo que yo, era un enamorado constante de la bella poesía, á la que dedicaba también canciones apasionadas. Y ya éramos francos amigos y compañeros como si nos hubiéramos conocido de toda la vida, cuando á ruegos míos, comenzó á leer, por cierto de manera magistral, el manuscrito de su poema todavía inédito *La Caza*.

Y entonces sí que ví con admiración, con los ojos del alma, como entreabríase los horizontes, surgiendo del fondo del mar, la isla maravillosa del Teide, que venía hacia mí merced al caudal que iba manando de la fuente abundosa y trasparente del poema, mezclado quizás con mis primeros recuerdos de la infancia y con lo que yo había oído contar á mis padres de aquellas tierras benditas donde no hay víboras, y de aquellos cielos de donde huyen las tempestades; que tiene aquellas playas salitrosas, negras y brilladoras, y aquellos molinos de viento esparcidos por doquier que yo veré siempre con sus brazos larguísimos revolotear, cuyas sombras al pie de sus torres que me parecían muy altas, unas veces se extendían y otras se acortaban en sus revueltas infinitas...

El poema del señor Tabares fué para mí un encanto en toda la extensión de la palabra. Durante su lectura me olvidé en absoluto de donde me hallaba; de que me encontrase en Barcelona, en medio de una ciudad populosa, en una hora del anochecer en que venía á no-

sotras desde la calle el rumor de la gente atragada que de uno á otro extremo la invade. Parecíame encontrarme en medio de aquellas encantadoras comarcas que invocaba el bello sentir del Sr. Tabares, con sus vegetaciones ásperas á la vez que verdeguantes y enrojecidas, con sus barrancos profundos, donde las lavas salidas de los cráteres de los volcanes habían dejado una estela de muerte...

que el soplo lento de la edad carcome.

Y veía aquel grandioso espectáculo á la plateada luz de la luna llena, que es cuando se desarrolla la cacería, con que después de la estrofa de invocación, comienza el poema; cacería tan hermosamente descrita que se participa del ansia de los cazadores y se oyen los gritos con que azunan á las jaurías al triunfo de la hazaña. Y entonces, para reposar de la fatiga sobre aquellos peñascos, tan deliciosamente abruptos, dice el señor Tabares

buscábamos la gruta donde mana
recóndita fuente
que verde muge su raudal frío.

Y ya gozando del descanso, acude á su memoria la lucha sostenida por los malogrados *insulares* con los profanadores de la patria. Y lanzado á la meditación, esculpe, esta es la palabra, la estátua del pueblo guanche, con mano maestra y golpes seguros, que corresponden á los latidos del corazón idólatra de su tierra, doliéndose de la espantosa desventura y condenando con indignación reconcentrada,

en la que se transparentan las lágrimas, las tremendas inhumanidades de la vergonzosa conquista.

Pasa después el señor Tabares á enaltecer, haciéndolo con igual maravilla de expresión, la hermosura de Tenerife en otro lado de la isla con motivo de diferente cacería, que tiene ahora lugar á la luz del sol, en campiñas lozanas de sembrados, con castaños repletos de fruto, y donde muestra

sus esferas la linda pomarosa
y en cereas y en ribasas, á borcajadas,
lucen, de cablo hinchadas,
las negras uvas de la vid hojosa.

Y una vez terminada la nueva cacería, que ha sido al vuelo, da á conocer en su poema la vida campestre de la gente nívica valiéndose de estrofas de tanta exquisitez como la que voy á copiar, siquiera sea por la satisfacción que experimento al escribirla ya mismo:

Vieja locas ó recatada niva
aderezan la lora
sobre limpio mantel de sus telares;
y la tosa de negro barbasano
preséntala el villano
más blanca que le espuman de los mares.

Mientras, el sol camina á su ocaso, y, sin pena alguna en el alma, el cazador torna á su hogar cantando las excelencias del paraíso canario; que es tierra bendita, tierra de luz, agradecida, sana, fecunda y generosa, como lo son las generaciones que nacen en su falda y se nutren en sus pechos de madre amantísima.

Y cuando llegó el señor Tabares á este verso con el cual cierra su poema:

¡Oh diosa sin rival, bendita seas!

sentí sinsabor de que hubiera acabado tan pronto. Lo escuchaba con tanto placer, que, si me hubiese atrevido, le hubiera rogado al ilustre escritor que empezase de nuevo para disfrutar segunda vez de tan sabrosa lectura.

Esto es, narrar al correr de la pluma *La Caza*; el poema admirable del gran poeta José Tabares, canto inspiradísimo á la tierra nivaria en que se aspira el suave y rico perfume de sus bosques frondosos y de sus playas salobres donde las mareas, como sobre las páginas de un libro, extienden sus estrofas...

Yo admiro con entusiasmo, y me complazco en reconocerlo, al eminente artista de los versos impecables. Que lo son porque dicen con exacta verdad lo que quiere expresar sin dar tortura á los pensamientos ni dejarse seducir por la sirena cantadora de la lengua castellana, que marca á inteligencias menos equilibradas, haciendo que las ideas, al igual que cadáveres, floten deformes. Yo admiro con toda mi alma la obra de José Tabares, en la que el pensar y el sentir van de consuno comoavecillas enamoradas en primavera. Y así es como en el molde de las estrofas se funden las ideas, y ajustanse y encajan, á semejanza de los metales, y brotan vigorosas y perfectas al crearlas el autor, cual Minerva que salió de la cabeza de Júpiter armada de valor y dotada de belle-

za. Y yo bien sé porque sus versos son alados; porque despide su poema destellos diamantinos cualquiera sea la faceta por donde se le mire: es porque á más de las grandes cualidades naturales y de ilustración que posee el autor, canta su país, la tierra en que ha nacido y que nunca ha abandonado, echando en ella raíces y profundas raíces.

Cántela siempre mi querido amigo y compañero á quien envío hoy un estrecho abrazo al felicitarle de nuevo por su obra. Cante siempre esa isla soberana el señor Tabares. Reverénciela en todas sus manifestaciones de vida y fortaleza. Estudie cada vez con más ahínco y detenimiento sus virtudes y sus aspiraciones más íntimas. Revuelva sus entrañas, tanto las espirituales, donde se alberga su conciencia, como las materiales, escudriñando en lo más recóndito de sus cuevas, que son páginas todavía no borradas del libro de su historia, reliquias santas del martirio y destrucción de una raza.

Y cante enalteciéndolas las costumbres patriarcales de la tierra canaria; la hermosura y gentileza de sus hijas, la bravura de sus hijos y su amor al trabajo y al hogar; sus fiestas tradicionales, sus bailes y sus luchas primitivas, de hombres, cuerpo á cuerpo. Cante todo cuanto forme el carácter distintivo y sea latido de vida de ese pueblo, y cántelo siempre en lenguaje canario, en lenguaje propiamente canario, acogiendo con amor fervoroso todas aquellas palabras y giros de frase vivientes todavía en

cualquier lugar de la isla, trasmitidas hasta nosotros por labios de pasadas generaciones, que las hay muy elegantes y expresivas para nuestro uso, aunque no se encuentren registradas en el diccionario oficial de la lengua castellana.

Hágalo el señor Tabares, y al poema *La Caza* seguirán, de ello estoy bien seguro, otros monumentos de idéntica valía para enriquecer el tesoro canario; contribuyendo además por su parte á educar los espíritus, á fin de que, en tiempo no lejano ¡ojalá fuese mañana mismo! reconozcan todos en ese pedazo de mundo, olvidado y menospreciado en medio del Atlántico, su vida propia, en armoniosa confederación con las demás regiones naturales de España.

Angel Guimerá.

Barcelona, Octubre 6 de 1907.

LA CAZA.

I.

¡Venid á mí, recuerdos placenteros
de los años primeros,
de la pasada juventud hermosa,
que el tiempo en su vorágine consume,
y aspiró un perfume
como el del valle de fragante rosa!

II.

¡Venid, recordad que de lejos ama,
cual tórtola al reclamo;
cual río cuyo curso no embatuzca
la seca hoja que su Hada toca—
Venid! Y el canto empiece
del placido ejercicio de la caza.

III.

La árida costa ensanchase á los ojos
 con sus quebras y abrojos;
 entre sirtes rompiendo y en panchos
 las enarcadas olas con coraje,
 recamando de encaje
 á las playas desiertas sus penachos.

IV.

Ingentes nubes de cortadas grietas
 y volcánicas vetas,
 que el soplo lento de la edad cirrome,
 sombrean las profundas hondonadas,
 nubes descendidas
 amenazando próximo desplome.

V.

En los barrancos de inseguras rocas
 sus atezadas bocas
 las cuevas muestran en lo largo á trechos,
 y en sus techumbres tétricas y graves,
 las carniceras aves
 llenan sus ublos de hojarasca huecos.

VI.

Fetidos lodas, rígidos cardones,
tabaibas y pencones,
verdeguan en profos y en hønduras
dándole al suelo cárbenos matices,
y entolan sus raíces
en los resquechos de las peñas duras.

VII.

¡Su frente nudas eleva la montaña!
Donde la cabra huerfa
en los secos arbustos ramonea.
Y en torno... ¡siedad! ¡siedad! también...
¡Qué aquel paisaje rudo
parece que de Isidura ardora!

VIII.

¡Mas, surra la bóveda del cielo!
¡Ni una nube, ni un volo,
¡Volante claridad! siempre flamante
baña la costa con su luz el día,
y la noche sombría
tiene allí las facetas del diamante!

IX.

Brisas del mar, perennas y azules,
 los páramos curvilios
 por los rayos solares caldendios,
 crean con su blando y suave aliento,
 y el meloso abouento
 echan al par las cebras aludios.

X.

¡Oh región de mi patria bladrada,
 en mí fotografiada!
 ¿Van que goso infantil el alma usía,
 en medio de la foresta naturalosa
 y estraje bellosa,
 se espaciosa en la libre concerta!

XI.

¡Ver, me parece, la volanda fina
 sin más inoportuna
 aferrse lentamente y majestuosa
 del fondo azul del líquido orzema...
 por la inevitable mano
 de la insoportable Kermislad gumbosa!

XII.

La révoira impudente, stralidada,
 se agita desolada.
 Nunca más ambiciosa, mayor deseo
 por quebrantar sus férreas cadenas,
 cimbra en las oscuras
 celdas de su prisión cautivo rol.

XIII.

Asombrada el hecho perseguida,
 en rasgar sujeta
 en angosta cárcel el fusón se amplexa
 cual el vapor quisiera la alfombra
 en guarda de caña
 y metallen puerta que allana.

XIV.

¡Ah, qué ansiedad el sufrimiento hecho
 experimenta, cuando
 le dá sañura á la relox jentia
 Desata las trallas anhelante,
 y ocupan al instante
 rastreando los perros á porfia.

XV.

Nada turba el silencio misterioso
 y lánguido reposo
 de la noche cristiana y serena.
 Solo se escucha en la extensión, rimado,
 del grillo soterrado
 el canto agudo que vibrante suena.

XVI.

Subido, en el repliegue montañoso,
 o en el llano fragoso,
 se oye latir con voz precipitada
 de insistente y tenaz desasosiego,
 al perro nocturno lego
 que sorprendió la pieza levantada.

XVII.

Acude pillando, de improviso,
 la rícoca al aviso;
 persiguela, al huir desparatada,
 pero segura, ágil y arisca,
 gana la madriguera
 en breñales y en nubes escondida.

XVIII.

¡Y es gozo ver los perros inocentes
 moverse diligentes
 humantulo en redor de la sartuda;
 y á sus alegras, vívulas clavares,
 llegar los cazadores
 como al botín familiar mesurada!

XIX.

—¡Atrás! —¡Atrás! — con algureso sonido,
 que grita al momento
 y otro repite —¡Atrás! — y la jauría
 ataba y calla; no orden se coloca,
 de suerte que la boca
 del curuleo ental queda en franquía.

XX.

El edecán desceño con presuma
 la rol de su cintura;
 alguien le auxilla por tenderla en boya,
 los hilos cubren la cavacha estrecha,
 y la camdrilla necesita
 con sigiloso ardor... ¡muñe su mano!

XXI.

Por debajo la traza novelada
 el furón se dilata,
 y á medida que avanza en un derrota
 por sus andas voraces impelida,
 extinguese el sonido
 del clava cuando vola tras vola.

XXII.

Y véase en grupos desigual y vueta,
 en aquel casuarin
 de impudencia sus hollitas los y deanes,
 en la boca, ó en ríeñicas álcenas,
 formar los vapores
 un estudio necesidad entre los vares.

XXIII.

Oyese desde subterránea ruidos,
 como el ramovido
 háltera al punto el peñascal ignoto
 la mano de un titán en lo profundo,
 ó retemblera un ruido
 á impulso de violencia tremendo.

XXIV.

y venir en tropel precipitado
al boquete velado
la pieza que huye y el hurón que acosa,
y enredarse en su rápida carrera
el conejo y la fierra
en los torzales de la red nudosa.

XXV.

¡Y, place ver seguir á los salmosos
los rastros, á los besos
de la naciente luz de la mañana...
que enciende el llano y la celeste cumbre
con fulgurante lumbré
desde su alcázar de ópalo y de graná;

XXVI.

ora llegar al paredón caído
y lanzar su latido,
escarbando en los brutos malacanes,
y á hurtadillas la pieza escapar luego,
alcanzándola el fuego
al burlar la perquisa de los canes;

XXVII.

ya rando el roedor zafar medroso
 con instinto engañoso,
 y agazaparse en la fajada roca,
 ó en la planicie tras voloz corrida
 y larga acometida,
 aprisionario el perro entre la boca!

XXVIII.

¡Oh emociones del arte de la caza!
 ¡Del lance y de la traza!
 ¡Tan gososas, tan pródigas, tan buenas
 al corazón que vuestro influjo siente!
 ¡Qué lapso sonriente
 aquel en que vents de vida llenas!

XXIX.

¡Horas de paz, sabrosas y sencillas,
 sin ojos ni renecillas!
 ¡Siempre apacibles, siempre halagadoras,
 extrañas al dolor y al desengaño,
 á la traición y al daño!
 ¡Quién os olvida, irremplazables horas!

XXX.

Si la sed, ó el cansancio nos enerva,
nos dan leche la hierba;
rosecas gramas, tréboles olientes,
sombra el peñasco, aire la montaña,
y de su dora entraña
el sonoro raudal limpídas fuentes.

XXXI.

¡Oh enduencias de Oira y Taco y Pachó,
que allá cuando muchacho
mi planta holló con juvenil aliento!
¡Venid cantando el himno de victoria
que tiene a la memoria
por acordado y dócil instrumento!

XXXII.

En vuestras bravas cimas y espesuras
las ráfagas más puras
impregnadas de aromas del herbaje,
cómo á mi pecho trémulo acudían
y el corazón henchían
de una embriaguez insólita y salvaje!

XXXIII.

Ante el ancho y radioso panorama
 que se abre y desparrama
 desde los toscos vértices mirado,
 perdiéndose á lo lejos débilmente
 como un sueño inocente
 en la despierta realidad borrado,

XXXIV.

extático y absorto, con la vista
 en la seguida pista;
 á torpe y vano pensamiento ajeno,
 á mezquina pasión, minucia y dolo,
 acompañado y solo
 pudo entonces pensar: —¡El mundo es bueno!—

XXXV.

Cuando el estío ardiente nos sofoca
 y el sol al cenit toca,
 y yace jadeante la jauría,
 buscábamos la gruta donde mana
 recóndita fontana
 que verde musgo su remanso cría.

XXXVI.

Despojados de redes y lanzones,
cantimploras y hurones,
escopetas, cananas y mortales,
ya faltos de sustento, fatigosos,
yantábamos ansiosos
restaurando las fuerzas corporales.

XXXVII.

En coro fraternal, siempre festivo,
con qué placer tan vivo
que vulgar estro á describir no alcanza,
el sano chiste y la ingeniosa pulla
entre risas y bulla
mezclábanse en la broma y en la chuzca!

XXXVIII.

Quién encuentra al seso á un morzalbeto,
con puntas de pillete,
apurando del finto á escondidilla;
y reprochale airado y le acogota
porque empinó la bota
mordiéndole la aguzada trompetilla;

XXXIX.

quién mira de soslayo, ó de reojo,
 y con cara de mojo,
 donde mejor descabezar un sueño;
 en tanto que otro busca una afluencia
 y con discreta traza
 se hace del sitio designado dueño.

XL.

Y véase poco á poco y con recato
 de breve en breve rato
 por la jornada matinal rendidos,
 parsimoniosos escurrirse todos,
 y en aquellos recodos
 diseminados descansar dormidos.

XLI.

La cueva abrupta de maleza orlada,
 á trechos salpicada
 de ásperas y rotas mofibolitas,
 que invade el rancho ocloso y vocinglero,
 la creyera el viajero
 estancia de silvestres trogloditas.

XLII.

¡Cuántas veces abrióse á mi memoria
la interesante historia
del pueblo guanche y bravos invasores,
cuando al alma viene y embelosa
el recuerdo, y nos besa
la mente con sus pálidos fulgores!

XLIII.

¡Ah, cuántas veces, sí, meditabundo,
apartado del mundo,
de su pompa pueril y vanidades,
sonego hallando en un agreste asilo,
perezoso y tranquilo
en medio de las vagas soledades,

XLIV.

—¡Raza feliz!— clamé con ansia viva
—¡La raza primitiva
de mi gentil Nivaria Inmaculada!...
¡Nacida en una roca del Atlante
al rumor crepitante
de las olas y el aura en la enramada!

XLV.

¡Cómo ellas libre, idílica y hermosa,
 sin ambición odiosa!
 ¡Pastoril y poética y valiente!
 ¡Crecida en sus riberas y florestas,
 y altiva en las crestas
 del soberbio Guajara ignipotente!

XLVI.

¡Raza feliz, ¡oh Dios! casta y sencilla!
 La raza sin mancilla
 del aborigen insular canario.
 ¡Sobria en costumbres, repelente al vicio,
 y pronta al sacrificio
 en la lid, y al perdón con su adversario!

XLVII.

¡Desde el alba á la estrella vespertina,
 en el prado y colina
 que esmaltan el poleo y el tomillo,
 bebiendo sus balsámicos olores,
 cantaba sus amores
 al son del armonioso caraculillo!

XLVIII.

¡Vasalla de sus célebres Monarcas
 y obediente á sus leyes,
 en dulce paz, sin escisión alguna,
 en el pobre cultivo y pastoreo,
 colmado en deseos,
 nunca soñó más bien, ni más fortuna!

XLIX.

¡Cuán abultados sus fugaces años!
 ¡La daban los robados
 lactíferas sustancias; las praderas
 el sacudido grano en aurea espiga,
 sin sudar ni fatiga,
 y mides las ricasas abejas —

L.

¿Por qué, por qué la espada del tirano
 con sacrilega mano
 hundióla el invasor dentro del pecho
 del noble guanche; inermis, inofensivo?
 ¿Qué razón, qué motivo
 puede el acto excusar? ¿Con qué derecho?



I.I.

¿Fue el egoísmo vil, bajo y ninfoso,
 del hombre codicioso,
 terror de las pretéritas edades,
 quien dicha patriarcal trocó en espanto,
 en sangre el hogar santo,
 esclavos hizo y usurpó heredades?

I.II.

Las sabias enseñanzas del Progreso
 jamás dieron acceso
 á la injusticia, al hurto, ni á la trata.
 La fuerza no es razón, ni ley antojo,
 ni el trágico despojo
 victoria es... ¡el paladin quien mata!

I.III.

¿Qué pensamiento la conquista trajo?
 Implantar el trabajo
 en suelo virgen, ó civil pelea
 dirimir por la Cruz? Nadie responde.
 Decidnos: ¿dó se escondió
 el enigma, el propósito, la hies?...

L.IV.

¡La Cruz! ¡Siempre la Cruz! ¡Oh santa enseña
de las conciencias dueña!
¡Signo de redención que adora y nombra
el mísero mortal con puro labio,
el ignorante... el sabio!...
¡Qué crímenes cométense á tu sombra!

L.V.

¡Aún parece que salen de los huecos
basálticos, los ecos
de acusadoras voces de un delito!...
Y remedar el viento entre sus sonas
ayes, imprecaciones,
clamar—; *Vociferar!*—; ¡Qué horrible grito!

L.VI.

¡Y parecen las sucias calaveras,
de sus órbitas huecas
lanzar una mirada de agonía!...
¡Mudos y torvos é insondables retos!...
¿Cuál, si los esqueletos,
se dolieran del plomo todavía!

LVII.

Sumergida la mente en lontananzas
 de aciagas remembranzas,
 ¡cuánto dolor despierta ese intervalo!
 Así, pensando en la impiedad y el duelo,
 con hondo desconcielo
 puede exclamar después: — ¡El mundo es malo! —

LVIII.

¡Pasad, pasad en loco torbellino
 azares del destino!
 Pasad recuerdos agrios de la historia,
 y el arpa rompa en cántica sencilla.
 ¡Qué amarga pesadilla
 es despierto soñar con la niñería!

LIX.

¡Campo á mis ojos, á mi nimen plaza!
 ¡Oh diosa de la caza!
 ¡Diana radiante, que atrevida enseñas
 desnudo el muslo al replugar tu veste,
 porque huelen lo agreste
 mejor tus pies sobre las calvas peñas!

LX.

Tú trapas ágil al alzado cerro
 con tu aljaba y tu perro;
 la luna viñe tu espaciosa frente,
 y aunque tu templo destruyó Enostrato,
 indócil, ó insensato,
 aliosa eterna serás, Diana inocente.

LXI.

Mueve mi planta; y presurosa ascienda
 por accesible senda,
 dejatela en pos la costanera orilla;
 ascienda, sí, á la altura, lucía el volbado,
 al soto regalado
 que allá distante en lontananza bejla.

LXII.

Cambie la esuna en fértiles llanuras
 de mieses y verduras,
 donde sus alas rumbrosas pliegan
 la arisca codorniz. Miron los ojos
 unizales y rastrojos
 en dilatada y pintoresca vega.

LXIII.

donde el castaño muestra sus erizos
 en apilados rizos,
 sus esferas la linda pomarosa,
 y en cercas y en ribazos, á horcajadas,
 lucen, de caldo hinchadas,
 las negras uvas de la vid hojosa,

LXIV.

—¡Ven, mi pachón, ligero rastreando
 los surcos; coleando,
 febril volviendo la cabeza inquieta,
 semejante al corcel esquivo al freno
 botando, de ardor lleno,
 delante de la rígida escopeta!

LXV.

En las ondas serenas del ambiente
 que refrescan mi frente,
 tu fino olfato sin cesar percibe
 de la pieza volátil los effuyos,
 que en los rastros rubios
 exhalá en las revueltas que describe...—

LXVI.

No alcanza á traducir la fantasía,
esa intensa alegría
que siente el cazador al ver el paro
súbito del pichón, que á tiro encuentra
la codorniz y... ¡entra!
Y el ave surge, y mácala el disparo.

LXVII.

Parte en su busca el animal fogoso
sin tregua al reposo,
y la recoge con vivaz empeño
en medio sus mandíbulas rosadas,
en tibio humor mojadas,
y retorna trayéndola á su dueño.

LXVIII.

Cuando abrasa el bochorno la collina,
la resistente encina
y los erguidos pinos del bosqueje,
cama le ofrecen de nullida broza,
y se recuesta, y goza
bajo el oscuro toldo del ramaje.

LXIX.

A los ruidos de la espesa umbría
hinchidos de armonía,
se huelga el cazador adormilado:
y el perro en obstinada soñolencia,
con vaga intermitencia
parpadea duraciéndose á su lado.

LXX.

Si ser alguno los contornos pisa,
despiértase y avisa
con resonante y pertinax bulido;
confínchela leal, su instinto-experto,
ya dormido, ó despierto,
hácele susceptible al menor ruido...

LXXI.

Ya es el pastor que su ganado lleva
al arroyo en que abreva:
ora robusta y agraciada nifia
que á llenar va su cántaro á la fuente,
y á verse en su corriente:
espejo bullidor de la campiña.

LXXII.

¿Quién mira con desdén belleza tanta?
¿A quién, á quién no encanta
el fresco bosque, el luto, el arroyuelo,
la estrofa de los pájaros cantores,
la gracia y los plumes
de una beldad, particular del cielo?

LXXIII.

También le ofrece el labrador vecino
del lugar campesino,
grato albergue, salaz, techo y asistencia;
franca hospitalidad, tierno agasajo,
frutos de su trabajo,
de la hourada labor y la constancia.

LXXIV.

Vieja locmaz, ó resucitada uasa,
aderezan la loca
sobre limpio mantel de sus telares,
y la rosa de negro barbasano,
preséntala el villano
más blanca que la espuma de los mares.

LXXV.

De la sala que ocupa, en un testero,
 en un nicho gósero
 y ceñido de flores, mal tallado,
 un Cristo vése cuyas líneas toscas
 preservá de las moscas
 ancho cristal por ellas empañado.

LXXVI.

Le dirigen sus preces y oraciones
 aquellos corazones
 como en señal de gratitud y ofrenda;
 y á la egida del santo Crucifijo,
 invade el regocjo
 los seres de la rústica vivienda.

LXXVII.

La risa, el humorismo y el festeo,
 allí tienen empleo;
 reinan en confortable compañía.
 ¿Y en qué hogar, aunque humilde, no hay holgura,
 si la paz, es ventura,
 y el amor al Altísimo alegría?

LXXVIII.

Declina el sol: sus rojos resplandores
con débiles colores
trahian en el término lejano,
y leve gasa de compacta bruma
rápidamente esfuman
el monte, el valle, la ladera, el llano.

LXXIX.

Torna, imposible, á sus risueños larca
sin cuitas ni pesares
el cazador del bosque ó serranía,
que rinde su excursión cuando al ocaso
traspunta el igneo vaso
dándote un beso al moribundo día.

LXXX.

¡Cuán bellas, tronadas, seductoras,
se suceden las horas
en campo abierto y soledad tranquila!
¡Parece que en un éxtasis profundo
entre el cielo y el mundo
el alma libre de la carne oscila!

LXXXI.

¡Allí se mira á Dios: son sus altares
 las cumbres y pinaces;
 basilica sin fin el firmamento,
 hasta la luna que el espacio sube,
 incendio la nube,
 oración inspirada el pensamiento!

LXXXII.

¡Allí todo es verdad! Naturaleza
 exhibe su grandeza,
 puro es el aire que á aspirar convoca,
 pura la sensación que nos produce
 cuando á los ojos luce,
 ¡Óxígeno del alma y de la vida!

LXXXIII.

Los juveniles goces pasionales,
 dejar suelen señales
 de enojo y sinsabor, de llanto y pena;
 la que placer en otra edad creíamos,
 después lo maldiciómos;
 ¡qué á tanto mal el mundo nos condena!

LXXXIV.

¡Oh anciana y deliriosa creencia!
 ¡Tú eres la poesía!
 Juventud, sanidad, gozo, atractivo,
 júbilo, culto, masa, todo eres.
 ¿De tus castos placeres
 queda el recuerdo luminoso y vivo!

LXXXV.

¡Salve, Dhama inmortal! Cante á tu paso
 sus himnos el Parnaso.
 ¡Tú la vida dilatas y revivias;
 calor infundes, entusiasmo y brío
 al flaco verso mío!
 ¡Oh dhama sin rival, bendita senar

FIN